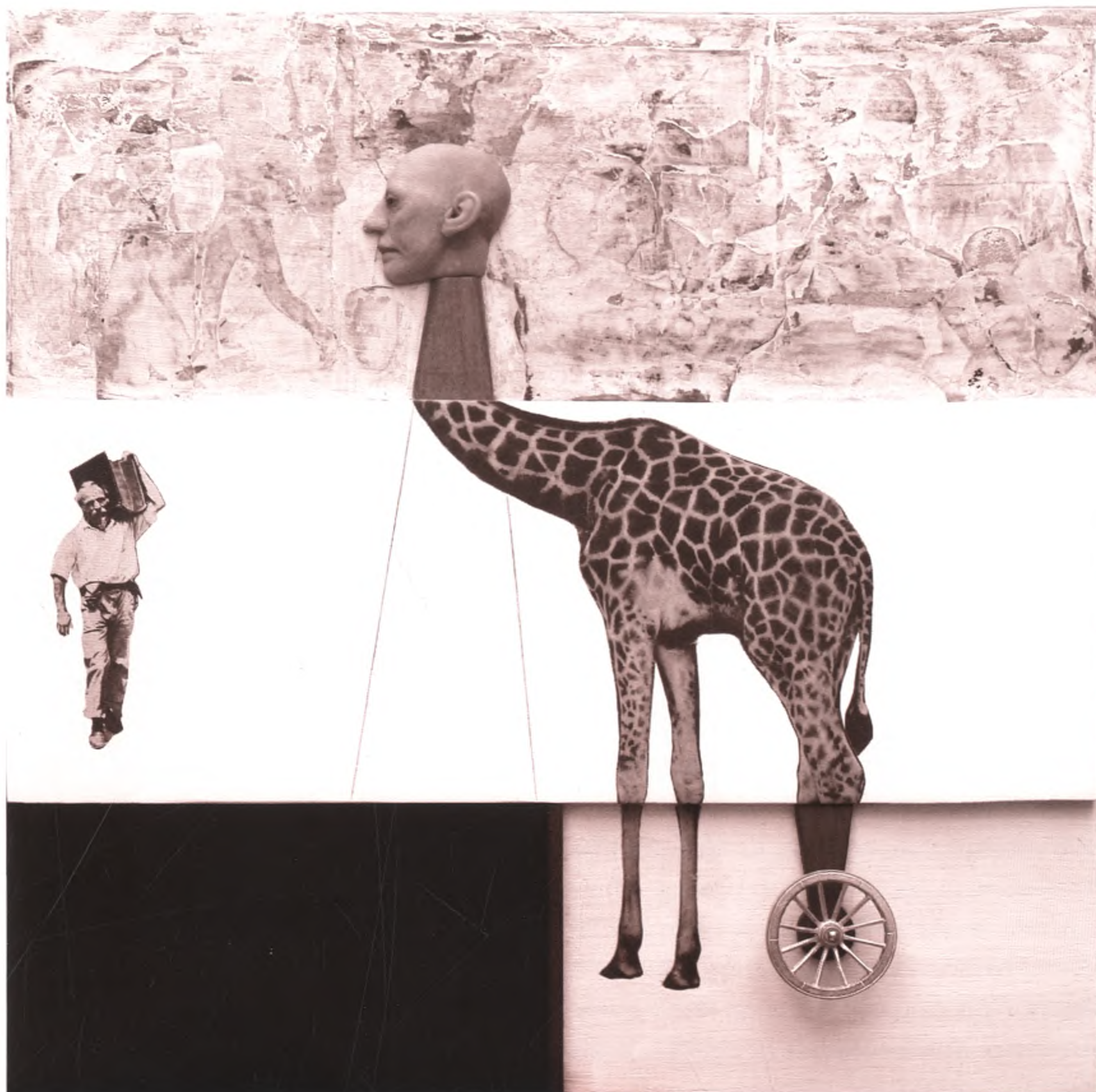
«Criaturas hambrientas... con ganas de ulular como lobos»

Bruno Montané Krebs



Un prólogo o una parábola

En octubre de 1978, Carlos Edmundo de Ory escribe el prólogo a la antología *Algunos poetas en Barcelona* y refiriéndose a los jóvenes que en esos años le escribían los define con las palabras citadas en el título de este texto en que intento hablar de la historia de una amistad. El prólogo es melancólico y generoso, en ocho parágrafos convoca, con



Ory en los años 90 (Foto de Kiki)

cómplice tono narrativo, los entusiasmos y las ubicuas pasiones poéticas que en ese momento quizá le recordaran los imaginativos y duros años que prefiguraron el Postismo. La antología, seleccionada por Xavier Sabater, incluye 16 poetas, entre ellos Roberto Bolaño y yo mismo. Con una empatía que para nosotros fue la primera señal de la enorme generosidad y excepcionalidad de Carlos Edmundo, en ese prólogo pudimos leer: «¿Qué decir de mí? Si no que fui lector sedente de algunos poetas, ubicados en Barcelona, y que se reúnen en libro colectivo. Tengo que serlo, no ya sólo por deseo de ellos, mas por mi misma afición y búsqueda. Me presto a la tarea con evidente alegría. Ellos me inspiran parábolas. Me acuerdo de mis veinte años, encerrado en mi cuarto escribiendo poemas que nadie leía. ¡Qué importaba eso! Si yo, en cambio, tenía oídos para escucharme a mí, rodeado de respetuoso silencio» (p. 8).

Le cuento a Jesús Fernández Palacios que conocí a Carlos Edmundo en la primavera de 1978, cuando él tenía 55 años y yo 21. Fue Antonio Beneyto, pintor, escultor y narrador –que fue extraordinariamente amable– quien me dio su dirección. Le escribí de inmediato y recibí una curiosa y generosa respuesta (desgraciadamente no tengo la carta, que sin duda debe hallarse en el archivo de

su Fundación en Cádiz). De hecho, las nociones de generosidad y curiosidad las siento profundamente ligadas a la larga amistad con De Ory, su modo de relacionarse e interesarse por las experiencias de los jóvenes, su interés por sus pasos en un nuevo continente real y mental. Podría decir que nunca he conocido a otro poeta que tuviera ese tipo de energía, ese modo de invocar el juego, la paradoja, la mueca y la sonrisa contenidos en las palabras.

Un encuentro

Pocos meses después de haberle escrito, Carlos Edmundo viajó a Barcelona. Me llamó por teléfono y unas horas más tarde llegó a Sant Just Desvern, el pueblo donde entonces yo vivía. Al bajar del autobús, gritó con los brazos abiertos: «¡Rimbaud!». Intimidado, algo incómodo y sonrojado, yo sonreí dándome cuenta de inmediato de la excepcionalidad gestual y vital del querido poeta. En esos días también nos vimos con Roberto Bolaño. Aquel también sería el comienzo de su larguísima amistad, cuya huella se halla en el magnífico epistolario conservado en la Fundación De Ory. También estaban allí Inma Marcos, Antoni García Porta, Alfred Sargatal, Xavier Sabater, Jordi Royo, Luis Lagos y otros amigos. En su *Diario* hay entradas de 1978 y 1979 que reseñan de pasada algunos de esos encuentros. Ahí hay una suerte de epicentro donde se origina una amistad que, con el espíritu de los viajes y las visitas esporádicas, entre encuentros y desencuentros, buscará y creará el aliento para sostenerse en el arco de los años. «*1 de agosto*. Bruno Montané y su compañera, Inma Marcos, llegaron a la cabaña el pasado 22 de julio.» «*14 de agosto, lunes*. Marchan Bruno-Inma a Charleville, para visitar el museo y la tumba de Rimbaud. Me quedo en Vienne-le-Chateau solo con Laura. Paseo campo al atardecer. Noche estrellas. Idea de ir a Córcega. Trabajo en el prólogo de *La flauta prohibida*.» Y el jueves 9 de noviembre de 1978, escribe: «Esta mañana me sube Laurita la correspondencia, como de costumbre. Había una carta de Roberto Bolaño, magnífica, como de costumbre también. Me puse en seguida a la máquina y le contesté en un papel amarillo delicioso a la vista. [...] Fragmentos: "... Siempre estoy en Egipto, de todos modos. Nadie sabe esto, aunque lo repito en mis poemas. Ahora veo que sólo tú entiendes el *trobar clus*. Arnaut Daniel se jacta de su público: 'Sobre cinco, no hay tres personas que me comprendan'. Todos ellos ríen de los sabihondos"». (Aquí se da un caso de afinidad respecto a los trovadores, ya que estos son una clave, una constante conexión de Roberto con los grandes poetas vivos, como por ejemplo también se dio en su amistad con Jaume Vallcorba, último editor en vida de su poesía y que publicó una segunda edición del magnífico *Los perros románticos*.)



Carlos Edmundo de Ory con Roberto Bolaños en 2001c.

Recuerdo un encuentro en el Festival Internacional de Poesía de Barcelona donde, una vez que los poetas ya habían leído sus textos ante el público, me encontré con Carlos Edmundo. También estaba ahí Leopoldo María Panero, quien trataba cariñosamente a De Ory como si fuese un hermano mayor. Alguien sacó una foto para la que Panero sonrió con los extraños y vivos ojos del poeta que todo lo contemplaba desde «el otro lado», los dos abrazados en el centro vivo de sus respectivas poéticas. Más tarde, dejamos al poeta «loco» en el hotel y con Carlos, Laura y otras personas nos fuimos a charlar a alguna parte.

«Esto es *onírica*». Dos cartas

De Ory y Laura acostumbraban visitar a Bolaño y su familia en Blanes. En algunas ocasiones evitaban pasar por Barcelona y, antes de llegar a la ciudad, se desviaban de la ruta para ver unas horas a Roberto. Estos encuentros, en los que casualmente nunca estuve, revivificaban el espíritu de una relación que, sin duda, llegó a ser mucho más intensa a través de un incansable cruce de cartas, un epistolario de poetas extraterritoriales.

A continuación cito dos pequeñas muestras del tono de ese epistolario. Por ejemplo, en la siguiente carta de 1993, Carlos Edmundo habla de la poesía de

Roberto y lo hace de un modo que francamente después no he leído ni escuchado. En estas líneas leemos el análisis vivo del poeta, las imágenes del demiurgo que sabe interpretar como nadie los poemas secretos del novelista.

Carlos Edmundo de Ory a Roberto Bolaño

Noviembre de 1993. Como quiera que sea, el caso es que enseñas la cara. Tanto tiempo en España buscando editores para dar salida a tu escritura en prosa y en verso. Veo que ahora te da por el manejo de poemas cortos. Te pones frenos, fijas una *regula*, rompes en pedazos la poesía fluvial, creas cuadraturas del orbe soñador. *La pasión es geometría.* Y yo sé que te gustan los proverbios, el pensamiento sucinto, la experiencia cristalizada. Buscas la hechura de una memoria perdida, evanescente por harto fugaz, y que recuperas en trazos-trozos, rasgos-rastros (*frag-man*), lo que Eliot llama *A heap of broken images.* Y esas imágenes desfilan en la pantalla del poema caleidoscopio promoviendo secuencias, sucesos pretéritos. Esto es *onírica.* La universidad desconocida.

Por su parte Roberto, definitivamente más melancólico, comenta que una carta de De Ory le saca por un instante de la extrañeza y el frío de un invierno de Blanes, para luego acabar reflexionando sobre la diferida y huidiza felicidad personal y colectiva.

Roberto Bolaño a Carlos Edmundo de Ory

Febrero de 1994. Qué alegría recibir carta tuya en medio de este invierno tan extraño. El frío parece que no se vaya a ir jamás. El frío inmovilizado en una especie de purgatorio en donde lo que uno debió hacer y pudo hacer… etcétera. He sido inmensamente feliz en diciembre y en enero y ahora estoy pagando por la felicidad y de paso por mi ingenuidad y por la infelicidad de otros y por la aparente imposibilidad de ser feliz, así, en torpes líneas generales, de todos.

La senda de un prólogo perdido

El 23 de octubre de 1986, casi 10 años después, le escribo a Carlos Edmundo. Continuamos con la inspiración de los prólogos. A una petición de contactos para publicar un poemario –por mi parte expresada de modo poco decidido–, me contesta el 5 de noviembre: «En semejante asunto, hijo mío, eres tú quien lleva la

voz cantante, y que sea voz de mando. Así sabré obedecerte con felicidad. Porque yo os quiero mucho por brunos y bolaños que me sois, poetas como dos casas y, además, chilenos en el barrio chino de Barcelona, amando y trotando calles, futuramente célebres, os lo juro. Y yo hago prólogos a unos cuantos porque sí, y no a otros que me los piden porque no. La coherencia es mi santo y seña. Uno no es un santón, sino solamente un espadachín. Pero la poesía no ha sido nunca un arma de combate, señores. Arma no, alma. [...] ¡Qué risa! Tu poesía se basta y se completa por ella misma. Es una casa en pie, no necesita de puntales. Otro poeta puede entrar en ella felizmente sin llamar a la puerta. [...] Primero, el prólogo, o lo que sea antiacadémico, fantástico, un lazo artístico, un cable horyzontal. (A reserva de que Nos falte la natural inspiración, ¡ay de mí!) Segundo, la caza del editor». Refiriéndose al mismo tema Roberto escribe: *Carta de 2 de mayo de 1987*: «Pasó por aquí De Ory. Sólo estuvo unas horas, de paso para Francia. Díjome: que tu poesía le interesa; que está dispuesto a hacerte el prólogo; que también está dispuesto a mover el manuscrito entre sus amistades, a ver si alguien se atreve a publicarlo. Etc. Así que: escríbele y aclara todo lo que tengas que aclarar: cuándo, dónde y aprisa». Generosa propuesta de Carlos Edmundo y fraterna mensajería de Roberto; no obstante, aquella fue una gran oportunidad que dejé pasar de modo imperdonable, porque finalmente *El maletín de Stevenson* no se publicó sino hasta 16 años más tarde (con un texto sobrio y enigmático, escrito por Roberto para la contraportada). Las palabras de Carlos Edmundo, leídas 29 años después, habrían sido un excelente prólogo a un libro que casi paradójica o fantasmagóricamente ha sabido disfrazarse de libro único. Sin embargo, si insisto en remover la memoria de aquellos años, no dejo de tener la sensación de que hubo allí algo inaprensible. Y escucho la voz de los dos poetas: De Ory proponiendo algún juego, Roberto sonriendo por la ocurrencia, y, al fondo, la mirada, la atención interrogante y sorprendida de los amigos. Una imagen recurrente subida a un tiovivo que baila a las orillas de un abismo futuro, pero protegido por la fortaleza de un *cable horyzontal*.

Reflexión sin final

De pronto, casi al acabar este texto sobre el epistolario y la amistad con De Ory descubro que nunca he tenido los cuidados necesarios para ser un talentoso archivero, cualidad que sí tenía y realizaba Roberto, con una minuciosidad y dedicación ejemplares, como es sabido que también era el caso de Carlos Edmundo. Llegado a este punto, se hace necesario asomarse, indagar, sumergirse en el cruce de cartas que Roberto Bolaño y nuestro poeta de Cádiz, Amiens y Thèzy-Glimont

cruzaron durante casi 30 años para ver la curiosidad, la entrañable invitación, la mutua conminación, las claves y el aliento poético constantes que ambos intercambian. Por lo tanto, caigo en la cuenta de que lo justo habría sido que este texto hubiera sido escrito por Roberto Bolaño. En mi caso, y como aquí se ha podido leer, confieso que no fueron muchas las cartas cruzadas, y, sin excusa alguna al respecto, debo reconocer que son muy escasas las que conservo. No obstante, encuentro una enviada el 5 de marzo de 1986 en la que, ya al despedirse, Carlos Edmundo cariñosamente pide y advierte: «¡que vengan más noticias menos fugaces!, ¡que Roberto hable!, ¡que Besos Chao Arrivederci!». Después de leer estas palabras, todavía me parece oír a lo lejos las risas y el generoso aullido de estos dos lobos metafóricos.



El poeta en San Sebastián en 2001

BIBLIOGRAFÍA

Algunos poetas en Barcelona (1978) (edición de Xavier Sabater y prólogo de Carlos Edmundo de Ory): Ediciones La Cloaca, Barcelona.

Bolaño, Roberto (2006): *Los perros románticos*, Acantilado, Barcelona.

– Roberto Bolaño / Carlos Edmundo de Ory (2004): Epistolario. Cartas inéditas. *RevistAtlántica de Poesía* nº 27, Cádiz, pp. 50-54.

De Ory, Carlos Edmundo (2004): *Diario 1976-2000* (3 volúmenes), Edición de Jesús Fernández Palacios, Diputación de Cádiz, Servicio de Publicaciones.

Montané Krebs, Bruno (2002): *El maletín de Stevenson*, El Aduanero, México D.F.; Varasek ediciones, Madrid, 2012.